

lapso mayor aún. Si el escritor argentino se puede considerar él solo el artífice de toda una construcción literaria que es también un mundo, en este caso Borges propicia el estudio de su literatura y también la de otros autores que, como él quería, forman parte del gran libro de la literatura o de la única e inmensa biblioteca.

*Carmen Ruiz Barrionuevo
(Universidad de Salamanca)*

Vittoria Borsò / Yasmin Temelli / Karolin Viseneber (eds.): *México: migraciones culturales-topografías transatlánticas. Acercamiento a las culturas desde el movimiento*. Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert 2012 (MEDI-Americana, 6). 342 páginas.

El discurso de la modernidad occidental estableció una serie de conceptos dicotómicos que fueron retomados por los letrados para definir, distinguir y/o legitimar, entre otros aspectos, las particularidades de la expresión literaria. Entre ellos, las ideas de Estado nación e identidad fueron fundamentales para ordenar una agenda temática centrada en encontrar los rasgos de originalidad, representatividad y unidad. En la historiografía y más adelante en la teoría de las literaturas en Hispanoamérica, durante los siglos XIX y XX, buena parte de los debates estuvieron marcados por acciones de inclusión-exclusión y jerarquización. No obstante, con el debilitamiento de los Estados nación y la emergencia de procesos globales, estas preocupaciones perdieron vigencia o entraron en una etapa de redefinición. Ya para la década de los noventa perdía interés o se cuestionaba, por ejemplo, la aspiración o necesidad de constituir una teoría o una historia capaz de reflejar la pluralidad,

hibridez y complejidad de la literatura hispanoamericana.

Otro factor que incidió en la agenda de los estudios literarios provino de un cambio epistemológico que, de acuerdo con Foucault, ahora se definía por la espacialidad. En esta línea podemos ubicar, entre otras, propuestas crítico-teóricas como el posestructuralismo, el campo literario, el polisistema literario, el poscolonialismo y, en el ámbito de la literatura hispanoamericana, la transculturación, la ciudad letrada, la heterogeneidad, el pos-occidentalismo o los estudios transatlánticos, estos últimos, sobre los que gravitan los textos de *México: migraciones culturales-topografías transatlánticas*.

Los estudios transatlánticos, otra cara de la literatura comparada o del hispanismo, cohesionados por la inter-espacialidad atlántica, se centran en el análisis de los flujos e intercambios emanados de las relaciones entre América, Europa y África. En los tres últimos lustros este marco de interpretación ha sido acogido con gran interés por hispanistas y latinoamericanistas ubicados principalmente en universidades europeas y norteamericanas. Los estudios transatlánticos, en palabras de Julio Ortega, nacieron como una reacción “contra los dictámenes verticales de la vieja teoría de verdad única” y explícitamente distanciados de la subalternidad y la poscolonialidad. Pese a que inicialmente buscaban restablecer el diálogo con la cultura española, estos estudios extendieron su ámbito de estudio a las relaciones culturales establecidas entre americanos, europeos y africanos. Concebidos como un espacio de intercambio intelectual, alejados del dogmatismo y el caciquismo teórico, apuestan por la inter y la transdisciplina.

Esta postura inicialmente definida y promovida por Julio Ortega, a mediados de la década de los noventa, junto con un

grupo de académicos de la Universidad de Brown, es la que continúa y amplía *México: migraciones culturales-topografías transatlánticas*. Este volumen, coordinado y editado por Vittoria Borsò, Yasmin Temelli y Karolin Viseneber, reúne los trabajos presentados en el congreso organizado por la Universidad Heinrich Heine de Düsseldorf en 2009. Dividido en cinco apartados, los textos incluidos abordan temas relativos a procesos culturales presentes en la escritura, la cultura novohispana, la migración, la ciudad, la frontera y el género.

En este sentido, el libro en esencia se articula sobre configuraciones sociales ligadas al movimiento (migración, diáspora, nomadismo, sujetos locales, comunidades de frontera e hibridación) y destaca la vigencia así como la relevancia del tema de la identidad a través del análisis de textos novohispanos y orales indígenas, la cultura afromexicana, de obras específicas de Sor Juana Inés de la Cruz, Carlos Monsiváis, Margo Glantz, Bárbara Jacobs, Gloria Gervitz, Jorge Volpi, Graham Green o Emilio Cecchi, así como de artistas plásticos como Vicente Rojo, Manuel Felguérez y Arnaldo Coen. *México: migraciones culturales-topografías transatlánticas* propone otra forma de “mirar” el espacio, en este caso el Atlántico, no como una zona o lugar estático, sino como una zona dinámica de intercambio y de contacto.

En particular destaco las tesis de Vittoria Borsò, Beatriz Mariscal Hay, Erna Pfeiffer, Norma Klahn, Klaus Zimmermann y Walter Bruno Berg porque condensan los alcances del conjunto y, sobre todo, las posibilidades de análisis dentro de esta singular expresión de los estudios transatlánticos.

En “Cultura en movimiento. Rutas e itinerarios para pensar las culturas”, Vittoria Borsò considera que el movimiento es el “principio primordial de la dinámica

cultural” (p. 18). La misma especialista advierte que más allá de pretender instaurar un nuevo giro en los estudios culturales con esta variable, simplemente “trata de abogar por otra manera de mirar, de pensar las culturas” (p. 49). Borsò hace un somero repaso de algunas concepciones hegemónicas del espacio en la cultura occidental (los griegos, la escolástica, Lefebvre, Foucault) para “criticar y rechazar la concepción separatista, sedentaria e identitaria, del espacio que prevaleció en la epistemología occidental” (p. 52). Desde el movimiento es posible “intentar también una crítica de la razón identitaria” (p. 57). En este orden de ideas, plantea que el Atlántico vendría a ser “frontera con respecto a las topografías políticas e ideológicas y [...] confin, es decir, zona de pasaje, con respecto a las transformaciones culturales” (p. 58).

En “Identidad cultural y frontera”, Beatriz Mariscal Hay atiende al circuito migratorio para analizar cómo las tradiciones orales de los indígenas mexicanos tienden “a desaparecer de la memoria colectiva en la medida en que los portadores tienen menos contacto con sus lugares de origen” (p. 21). Erna Pfeiffer, en “Migraciones parentales e infancias mexicanas desde perspectivas femeninas: Margo Glantz y Bárbara Jacobs”, sigue los itinerarios tanto genealógicos como espaciales, identitarios y “anti-identitarios”, que estas dos escritoras judío-mexicanas representaron en libros híbridos y plurales como *Las genealogías* (1981) y *Las hojas muertas* (1987). Estos dos textos, a decir de Pfeiffer, “emergen de mentalidades híbridas, de personas navegantes en un ‘tercer espacio’ entre diferentes culturas en permanente estado de migración para quienes el exilio o el viaje devienen metáforas para una vida creadora en movimiento perpetuo, al margen de categorías como territorio nacional o identidad individual” (p. 206). Por una ruta similar transita el

artículo “Genealogías transferradas. Los nuevos territorios de la literatura y la nación: los casos de Glantz de Jacobs en México”, de Norma Klahn, puesto que tanto Glantz como Jacobs en su narrativa cuestionan los discursos hegemónicos de identidad nacional. Sugiere Klahn que a partir del movimiento del 68 en México es reconocible una escisión que critica el discurso oficial nacionalista así como la historiografía progresiva y objetiva. Así, en “esa lucha de poder interpretativo de quién representa a quién es donde surge, no arbitrariamente, la literatura de minorías que se auto-representan: literatura de mujeres, gays, indígenas y sujetos regionales o étnicos marginalizados que se inscriben en el tejido social” (p. 227). Klaus Zimmermann en “La migración transatlántica olvidada: los esclavos africanos en México” advierte que las prácticas culturales y los rasgos lingüísticos de este grupo han sido poco explorados y estudiados y, en esta línea, demanda la necesidad de “abrir la perspectiva hacia los estudios de indianización de los africanos” (p. 302). Finalmente, en “Jorge Volpi-viajero transatlántico del siglo xx”, Walter Bruno Berg pone en entredicho la existencia de una epistemología transatlántica, ya que los estudios transatlánticos plantean a la vez un modelo y un objeto de estudio (América Latina, una mezcla heteróclita de discursos) cuyo propósito fundamental es descubrir, citando a Julio Ortega, “algo nuevo” (p. 320). Así, la trilogía de Jorge Volpi “difícilmente cabe dentro de este paradigma” (p. 311) considerando que “no escribe sobre América Latina, ni mucho menos sobre México” (p. 311), sino sobre acontecimientos europeos y que no existe una “‘reapropiación heteróclita’ de los discursos europeos ni descubre algo nuevo, solo un desencanto difícil de compartir.

En conjunto, los aportes de este volumen son observables a partir de tres

aspectos. En principio, los colaboradores se limitan a explorar los contactos de las culturas mexicanas con las europeas y, en menor medida, las africanas; en segundo lugar, si bien todos los estudios desde el título del volumen están enmarcados por la perspectiva transatlántica, ninguno de ellos, excepto uno, hace referencia a los planteamientos delineados por Julio Ortega en textos fundacionales como *Transatlantic Translations. Dialogues in Latin American Literature* (2006) o en “Transatlántica: Idas y vueltas de la literatura y la cultura hispano-americana en el siglo xx”, dossier publicado en *Iberoamericana* (2006); por último, el tercer aspecto le otorga, sin duda, mayor originalidad puesto que sitúa el concepto de lo transatlántico desde la óptica del movimiento.

José Sánchez Carbó
(Universidad Iberoamericana, Puebla,
México)